

relativamente breve, a los lectores interesados en la teología de Agustín, en particular en su “eclesiología trinitaria”.

Daniel Oscar Plenc,  
Seminario Latinoamericano de Teología,  
Facultad Adventista de la Amazonia,  
Belém do Pará, Brasil

---

Stanley E. Porter y Andrew W. Pitts. *Fundamentals of New Testament Textual Criticism*. Grand Rapids, Estados Unidos: William B. Eerdmans Company, 2015. Pp. 202. ISBN 9780802872241.

Stanley Porter es rector, decano de la Facultad de Teología y profesor de Nuevo Testamento en el McMaster Divinity College de Ontario, Canadá. Su vasta labor bibliográfica, como autor, coautor y editor, produjo libros y numerosos artículos en revistas especializadas.

Andrew W. Pitts es profesor adjunto en el área bíblica en la Universidad Hope International, en Fullerton, California, Estados Unidos. También se ha destacado como autor y coautor de varias obras y artículos acerca de distintos aspectos lingüísticos del Nuevo Testamento.

El libro consta de trece capítulos, un apéndice de herramientas para la profundización del estudio crítico textual y dos índices, uno de autores modernos y otro de fuentes antiguas.

Como sus mismos autores lo anuncian desde la introducción misma, esta obra está deliberadamente a mitad de camino entre los textos más elementales, que a menudo pasan por alto cuestiones técnicas importantes de la crítica textual, y los textos dedicados a los especialistas familiarizados con la disciplina y plenamente equipados para su ejercicio.

El primer capítulo se ocupa de las diferencias entre el modelo tradicional de la crítica textual como arte y ciencia de la reconstrucción de un texto, y el modelo sociohistórico, cuyo principal interés no es recuperar en lo posible las palabras originales de un escrito, sino más bien trazar el

desarrollo del texto a su paso por las distintas circunstancias y momentos históricos del proceso. A diferencia del modelo tradicional, para este enfoque posterior la crítica textual es más bien una herramienta útil para recrear la dinámica de la transmisión. Es el texto como testigo de los avatares y circunstancias de las comunidades cristianas que le dieron curso, antes que como reflejo de la intención de los autores. Porter y Pitts concluyen equilibradamente que, ya sea como fin último del ejercicio o como punto de partida de un proceso, la recuperación del texto original es necesariamente el primer paso y el objetivo final de cualquier crítica textual.

El capítulo dos tiene que ver con interrogantes como cuál es la geografía dentro de la cual ha de moverse la crítica textual del Nuevo Testamento. La respuesta no es tan sencilla como parece. Claro que el Nuevo Testamento, pero ¿cuántos y cuáles de sus documentos? ¿Cuándo y en base a qué criterios decidió la iglesia qué escritos debían ser reconocidos como divinamente inspirados y, por ende, ser autoritativos en materia de fe y práctica? Porter y Pitts concluyen que tanto los documentos mismos del Nuevo Testamento como sus testigos externos (los escritores de la iglesia posapostólica y las listas canónicas de los primeros siglos) dan cuenta de un conjunto de escritos reconocidos como inspirados y autoritativos durante el siglo I, y compuesto básicamente por trece o catorce (incluyendo Hebreos) cartas paulinas, los cuatro evangelios y Hechos, además de las cartas universales y Apocalipsis, aceptados como testigos apostólicos de la enseñanza de Cristo desde época temprana por buena parte de la iglesia. El marcionismo, el gnosticismo y el montanismo no habrían sido, pues, los catalizadores del canon por parte de la iglesia del siglo II, sino, por el contrario, la reacción a una colección ya consolidada y reconocida por la iglesia desde fines del siglo I.

El tercer capítulo subraya el relativamente alto grado de acceso de la población del Mediterráneo a la lecto-escritura incluso desde antes de la era cristiana, de la mano de la abundante producción literaria favorecida por la gran disponibilidad de copistas y los costos módicos de sus servicios. El capítulo ilustra asimismo los diversos materiales y estilos de escritura usados en el siglo primero, y se detiene en las tendencias editoriales de los escribas y en los métodos (ej. Gregory y Aland) empleados para

clasificar los manuscritos completos, parciales y fragmentarios del Nuevo Testamento, más de siete mil a la fecha.

El capítulo cuatro describe las principales fuentes primarias para la reconstrucción del texto del Nuevo Testamento, a saber, los manuscritos mayúsculos más antiguos, que atestiguan la forma o tipo de texto considerado por los críticos textuales como el más cercano a los autógrafos, entre ellos, el Sinaítico y el Vaticano, ambos del siglo IV, como base textual de las principales versiones críticas contemporáneas del Nuevo Testamento griego (SBU y NA). Se discute también el valor de otras fuentes, a menudo relegadas a un segundo plano, como los papiros, más antiguos que los códices mayúsculos, aunque ciertamente fragmentarios o incompletos, varios minúsculos tardíos, pero significativos, las versiones más antiguas del Nuevo Testamento griego a otros idiomas como el siríaco, el latín y el copto, algunos leccionarios muy tempranos y las citas del Nuevo Testamento en las obras de algunos padres de la iglesia de los siglos II al V y en algunos documentos del siglo II (Didajé, Hermas, 1 y 2 Clemente, Policarpo e Ignacio) como potenciales reservorios de vislumbres y ventanas hacia el texto original del Nuevo Testamento.

El quinto capítulo está dedicado a las características distintivas y al origen posible de los cuatro tipos o formas de texto griego representados en los manuscritos disponibles del Nuevo Testamento: alejandrino, occidental, cesareano y bizantino. Los autores destacan la superioridad textual del primero sobre la base de su demostrada antigüedad y brevedad, de la ausencia de evidencias sólidas de la existencia de los otros tipos de texto antes del siglo IV, y de que tanto el texto occidental como el bizantino representan más bien revisiones y estandarizaciones eclesiológicas posteriores.

El capítulo seis destaca los esfuerzos hechos hasta aquí en pro de una mayor precisión y estandarización en el uso de la terminología de la crítica textual y propone criterios gramaticales y sintácticos para delimitar y segmentar las *unidades de variación* (compuestas por dos o más variantes). Favorece asimismo la distinción entre *lectura* (toda y cualquier divergencia entre un manuscrito y otro) y *variante*: toda divergencia significativa y útil para los fines de la crítica textual, a saber, descubrir la relación

genealógica entre manuscritos, el lugar de un manuscrito dado dentro de la historia de transmisión textual, y establecer el texto original como objetivo final.

Los siguientes cuatro capítulos se refieren a la metodología de la crítica textual. El séptimo pasa revista a las diferentes perspectivas desde las cuales los críticos textuales ponderan la evidencia, cada una con sus respectivas fortalezas y debilidades: el enfoque genealógico basado en la coherencia, el que prioriza el texto mayoritario o bizantino, el eclecticismo en sus dos formas y el modelo del texto único (sinaítico y/o vaticano en la práctica). Los autores favorecen alguna forma de eclecticismo que valore equilibradamente tanto la evidencia externa como la interna, aunque destacan la prioridad de la primera sobre la segunda como árbitro.

El capítulo ocho se explica en la manera correcta de evaluar la evidencia externa como prioritaria en la determinación del valor de una variante textual en comparación con otras. Así, entre dos variantes, ha de elegirse como más próxima al texto original aquella que aparece en los manuscritos comprobablemente más antiguos, que representan un tipo de texto más antiguo y breve, y que consta en la mayor cantidad de manuscritos de origen geográfico diverso, que no estén emparentados entre sí, es decir, que no sean descendientes de un mismo ancestro.

El noveno capítulo se refiere a la evidencia interna, particularmente a las probabilidades transcripcionales, es decir, al estilo, el vocabulario y el contexto literario inmediato de una determinada forma de un texto como aspectos que deben ser considerados a fin de determinar si la variante en cuestión pudo ser el resultado de algún hábito literario del copista, de un error de transcripción o de un cambio introducido a sabiendas con la intención de mejorar el texto que estaba siendo duplicado. En el capítulo, también son discutidos e ilustrados los cánones o principios de la crítica textual según los cuales la variante que refleja más probablemente el original es aquella que pudo dar origen a las otras, la que pudo haber resultado más compleja para el copista, la más breve, la que pudo derivar en una armonización y la menos refinada gramaticalmente.

El capítulo diez completa el tratamiento de la evidencia interna ocupándose de las probabilidades intrínsecas, a saber, la singular impronta lingüística del autor, su estilo, su teología y sus fuentes, como criterios para decidir cuál de las diversas formas de un texto tiene más probabilidades de ser la original.

El undécimo capítulo es una breve reseña histórica de las ediciones críticas modernas del texto del Nuevo Testamento griego, desde la del cardenal Jiménez de Cisneros en 1514 hasta la vigésima octava de Nestle-Aland y la quinta edición de las Sociedades Bíblicas Unidas.

El capítulo doce orienta al lector acerca de cómo interpretar la información desplegada en cada página de las dos principales ediciones críticas modernas, la de Nestle-Aland (28.<sup>a</sup> ed.), pensada para el ejercicio de la exégesis y la crítica textual, y la de las Sociedades Bíblicas Unidas (SBU, 5.<sup>a</sup> ed.), orientada más bien a la tarea de los traductores. El material incluye una pormenorizada explicación de cada símbolo y sección de los textos en ambas ediciones, sobre todo, del aparato crítico, más extenso y pormenorizado en el caso de NA. En el caso de la edición de SBU resulta provechosa, además, la clara orientación acerca de cómo interpretar y utilizar los aparatos adicionales de segmentación del texto y de textos paralelos relevantes tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. El capítulo termina con una interesante discusión acerca de los criterios seguidos por el Comité textual de SBU para dictaminar acerca de la certidumbre relativa de cada variante textual significativa. El sugestivo título de la sección es “el sistema de valoración de UBS y el optimismo textual” (The UBS Rating System and Textual ptimism). Tras destacar el ostensible grado de subjetividad evidenciado en la recategorización de numerosas variantes tenidas por dudosas en la 4.<sup>a</sup> edición y elevadas sin fundamentación textual explícita a la categoría de seguras en la 5.<sup>a</sup>, los autores concluyen con una declaración de antología contra cualquier facilismo dogmático acerca de la crítica textual, una disciplina entre ciencia y arte, y, como tal, con su cuota de subjetividad: “Esto representa una valiosa lección. No se debe depender simplemente de la categoría asignada por el comité de la SBU a una variante textual o de las razones dadas para ello en el *Comentario Textual* de Metzger (¡como ha sido la desafortunada tendencia de muchos

comentadores modernos!). La evidencia debe ser evaluada en sus propios términos. El sistema de valoración (de SBU) y el comentario textual son herramientas potencialmente útiles, pero el estudiante de la crítica textual debe aprender a desarrollar sus propios *instintos* crítico-textuales pensando y evaluando la naturaleza de la evidencia” (173, la cursiva es mía).

El último capítulo reseña la historia de la Biblia en idioma inglés y se detiene en los manuscritos griegos usados como base para sus diversas versiones, básicamente tardíos y representativos de la tradición textual bizantina hasta el siglo XIX, cuando el hallazgo de los principales códices mayúsculos del siglo IV (ej.,  $\aleph$  y B), representantes de una tradición textual más cercana que la bizantina a los autógrafos del siglo I según el consenso erudito actual, dio origen a textos griegos eclécticos del Nuevo Testamento (Von Soden, Westcott y Hort, Nestle) usados de allí en más como base de las versiones más modernas. La segunda parte del capítulo contiene una interesante discusión acerca de las dos principales teorías de la traducción: la que se enfoca en la equivalencia formal o literal entre el idioma traducido y el de destino, y la traducción dinámica o funcional, que procura, siguiendo el modelo de Chomsky, identificar el significado subyacente en las estructuras lingüísticas de un idioma (griego en el caso del Nuevo Testamento) a fin de recodificar ese mensaje en los términos y estructuras lingüísticas de un idioma como el inglés o el castellano. ¿Cuál es la mejor versión/traducción del Nuevo Testamento? Todo depende de su finalidad. Las más literales o formales son recomendables para el estudio en profundidad, especialmente en diálogo con los idiomas originales. A su vez, las versiones más dinámicas pueden iluminar pasajes complejos y mostrar vislumbres reveladoras. Toda traducción es a la vez una interpretación, ciertamente mayor en el caso de las versiones dinámicas que en las formales.

La obra concluye con un práctico apéndice que compendia herramientas bibliográficas e informáticas provechosas para el ejercicio de la crítica textual: comentarios textuales y bíblicos, revistas especializadas, series monográficas y sitios en internet.

En conjunto, se trata de una obra difícilmente superable por la manera clara, sencilla y amena, aunque sólidamente fundamentada y documenta-

da, en que los autores ponen al alcance del público interesado en la crítica textual su vasta experiencia y el estado actual de la disciplina. Junto a cada vocablo especializado se incluye una breve definición, y cada capítulo concluye con una síntesis de lo discutido en él, además de un glosario de terminología clave y un listado de la principal bibliografía usada como fundamento de los distintos temas tratados.

Resulta encomiable y reconfortante el tratamiento equilibrado de algunas cuestiones susceptibles al dogmatismo y al entusiasmo desmedido. Así, Porter y Pitts reconocen la dificultad para datar con precisión los manuscritos por parte de la paleografía. Se recuerda asimismo al lector que algunos puntos de partida de la tarea crítica textual son necesidades metodológicas estructuradas lógicamente, antes que certidumbres absolutas. Tal es el caso de la brevedad y la concisión de algunos tipos de texto y la antigüedad de los manuscritos testigos de esos tipos de texto como criterios orientadores, aunque no infalibles, de proximidad a los autógrafos. Asimismo, se destaca el hecho de que las variantes intencionales, producto de las controversias cristológicas de los primeros siglos, fueron una excepción al celo de la mayoría de los copistas cristianos por reproducir fielmente el texto que tenían a la vista. Por esa razón, esas variantes doctrinalmente motivadas no impiden la reconstrucción de los textos en cuestión dado el testimonio sustancialmente uniforme del resto de los testigos textuales disponibles.

La preeminencia concedida por los autores en distintas partes de la obra a la evidencia externa por sobre la interna, reconocida no obstante como útil cuando el testimonio de la primera no inclina la balanza de por sí en favor de una variante en particular, seguirá siendo sin duda un tema sujeto a discusión entre los críticos textuales.

Hugo A. Cotro  
Facultad de Teología  
Universidad Adventista del Plata  
Entre Ríos, Argentina